

Caminar de la culpa a la libertad

Luis Armando Aguilar Sahagún

Libertad y limitaciones

Nuestra libertad es una libertad “finita”, enormemente condicionada, pero podemos apropiarnos, hasta cierto punto, de ella, lo suficiente como para poder reconocernos responsables de nuestros actos, cuando responden a motivos, a razones por las que damos cuenta de ellos, y en los que reconocemos que la acción es nuestra.

En nosotros influye mucho nuestro carácter, nuestra mente – cosas conscientes y también inconscientes, nuestro pasado, hábitos -, nuestro cuerpo, con todas sus energías, y también con todos nuestros problemas y enfermedades.

Lo que hacemos voluntariamente muchas veces está en conflicto con estos aspectos pasivos, involuntarios, de los que no tenemos un total dominio. Frente a ellos, lo primero que tenemos que hacer es tratar de conocerlos, reconocerlos, comprenderlos, para poder hacerlos cargo de ellos en la medida de nuestras posibilidades. Asumir nuestra realidad, con todas sus limitaciones, es ya un acto de libertad.

Libertad “personal”

Nuestra libertad es una libertad “personal”. No somos animales, aunque formamos parte del mundo animal. Pero tenemos el privilegio de nuestra humanidad, que nos da una dignidad por encima de todos los animales y de todas las cosas. Nuestra humanidad está dotada de entendimiento, de razón, de voluntad libre. En alguna medida nos podemos determinar a nosotros mismos por encima de nuestros impulsos. Max Scheler decía que el hombre es el “asceta de la vida” por ser el único animal que puede decir “No” a sus inclinaciones inmediatas. Este fue, de hecho, el camino de humanización del “homo sapiens”. Para ello fue necesario advertir propósitos e intenciones, valorar las cosas y situaciones, establecer un orden de prioridades en el orden de la ejecución y la realización de fines a corto y largo plazo, en una palabra, aprender a actuar razonablemente, con una libertad que fue experimentándose como condición de responsabilidad.

Por ser seres racionales y libres somos personas. Ser persona es poder auto-poseerse, ser conductores de nuestros actos y de nuestras vidas. A diferencia de los animales, tenemos que conducir nuestra vida de acuerdo con nuestra mente, con lo que la razón nos permite descubrir lo mejor en cada circunstancia y de cara a las personas con las que estamos y con las que vivimos.

Ser persona es un don muy grande. Podemos pensar. Blas Pascal decía que un solo pensamiento del hombre vale más que todas las estrellas. Porque, aunque somos muy pequeños comparados con ellas, ellas no pueden pensar, y nosotros sí.

De forma parecida pensaba San Juan de la Cruz, que sólo Dios es digno de nuestros pensamientos, porque fue él quien nos dio la razón para pensar, conocer su voluntad, discernir lo que es mejor y, al hacerlo, cumplirla.

Ser personas nos da un valor por encima de todo. Es lo que llamamos nuestra dignidad. Para un creyente, ésta tiene su origen en Dios. Nuestra realidad lleva el sello de lo divino: está abierta a

Dios y lo busca como su más honda necesidad para existir. No podemos intercambiarla por nada. Por eso nadie nos puede comprar, ni nosotros vendernos. Pertenecemos a nosotros mismos, porque Dios nos dio el ser y la vida; y pertenecemos a Dios, porque es nuestro creador y Padre. Ser persona es una tarea. No estamos completamente hechos, acabados. Somos como una olla de barro a medio coser. Con la misma metáfora, puede decirse que todavía estamos en el horno. Y para un creyente, es Dios quien nos está modelando a la imagen de su hijo. Pero quiso Dios poner en nuestra manos el ser como sus socios y colaboradores. San Ireneo de Lyon, un padre de la Iglesia antigua, decía que el hombre fue creado “in agmentum”, en un proceso de adquirir la semejanza con el modelo – Cristo - en orden al cual fue hecho. Toca al hombre poner lo que está de su parte para acabar la obra que él comenzó: madurar, fortalecer nuestra persona, configurarnos de acuerdo con un ideal, un proyecto. Para un cristiano, eso significa, buscar reproducir la imagen de Jesús en la vida, cada uno a su modo, desde su particular modo de ser, con todas sus características que hacen de cada uno de nosotros seres únicos e irrepetibles, sumamente valiosos a los ojos de Dios, y también, si lo reflexionamos, a los nuestros.

En la fragilidad y el mal

Somos personas que experimentamos fragilidad. Somos muy vulnerables. Estamos expuestos a nuestras propias debilidades. Nuestra debilidad tiene que ver con el hecho de que somos “*seres a-ser*”, en proyecto. Por ser tan frágiles experimentamos una inclinación al mal, a lo que nos deshumaniza, a lo que nos daña o puede dañar a los demás. Fácilmente nos podemos dejar llevar por inclinaciones que nos desordenan y embotan.

Como observa Paul Ricoeur, nuestros sentimientos atestiguan este desorden. Todos sentimos que queremos poder, tener, valer. Nada de esto es malo de por sí, pero se hace malo cuando consentimos, cuando nos dejamos llevar por nuestros apetitos egoístas, dando lugar a una falta de proporción.

En lugar de *tener lo necesario*, nos apegamos a las cosas o queremos tener más de lo que realmente nos hace falta.

En lugar de *ejercer poder o autoridad para servir y ayudar a los demás*, cuando tenemos los medios, podemos abusar de los demás, imponerles nuestro punto de vista, explotarlos, abusar de ellos.

En lugar de *buscar que nos respeten y de respetar a los demás*, a veces buscamos hacernos valer cueste lo que cueste. Buscamos el reconocimiento creando relaciones asimétricas; buscamos el aplauso, nos apegamos a una falsa imagen de nosotros mismos, o actuamos en función de la aprobación, pero no desde nuestras propias convicciones ni desde el fuero interno de la propia conciencia, ahí donde advertimos la presencia del misterio de Dios, que siempre nos mira con amor y es el que nos da el valer tanto a sus ojos.

Es esta la condición del hombre lábil, que es el terreno propicio para que se anide el mal en su ser y su acción. El amor a la desproporción nos conduce por una dinámica de auto-destrucción. Nos sentimos como desgarrados, en una guerra interna con nosotros mismos. Guerra entre lo que vemos y queremos cuando pensamos las cosas, y lo que nuestros instintos desean espontáneamente. Buscamos satisfacerlos sin pensar en las implicaciones, en su impacto, sin ponderar lo que se juega en cada caso, y caemos. Es así como experimentamos la culpa, porque

sentimos que hemos actuado en contra de nosotros mismos y de los demás, de nuestra propia conciencia y de los valores que advertimos en la realidad.

En la culpa sentimos el mal, su fuerza, su realidad, e incluso podemos llegar a calificar nuestra propia persona, a sentir que somos malos. Este juicio ya no corresponde a la realidad, dado que el hombre normalmente puede recuperarse. Podemos decir que el hombre es esencialmente bueno, y accidentalmente malo. Sin embargo, las opciones fundamentales, implícitas o explícitas, por caminos de deshumanización, nos califican, van configurando en nosotros un modo de ser y de actuar. Podemos “hacernos malos”, si nos vamos dejando llevar. Pero siempre podemos corregir la marcha, el rumbo de nuestros actos. Nos damos cuenta de nuestra falla, de que caemos, a veces tarde. En realidad nunca es tarde. Porque aunque otros nos castiguen – nuestros padres, cuando somos chicos, o la sociedad, cuando somos mayores - nosotros podemos comenzar a liberarnos reconociendo nuestra debilidad. El hombre retoma su camino de recuperación cuando es capaz de confesarse a sí mismo – y a otros - que no ha obrado con rectitud.

Libertad responsable

Cuando experimentamos la culpa nos damos cuenta de que nuestra libertad nos hace responsables, y porque somos responsables, nos podemos hacer culpables. Una de los privilegios de nuestra naturaleza es poderlo reconocer. La culpa nos puede derribar, el reconocerla nos levanta. Podemos retomar el camino, rehacernos, descubrir que podemos volver a ser libres.

Los caminos de liberación son muchos. Pero todos tienen que ver con los demás. Somos seres hechos para los demás. El amor que necesitamos tener a nuestra propia persona se extiende a los otros, nos preocupamos por ellos, queremos su bien. Esto es parte esencial de nuestro ser personas, y algo que nos enriquece y nos hace felices. Nos necesitamos unos a otros para vivir y también para liberarnos. Un camino de liberación muy importante es reconocer nuestra debilidad unos delante de los otros.

Somos frágiles en el camino de la vida. Tenemos un gran deseo de ser felices, de que nos vaya bien. Pero tenemos necesidad de poner a prueba nuestros deseos de felicidad y la nebulosa de proyectos con los que están asociados delante de los demás. Esto nos brinda la oportunidad de medirlos con un parámetro externo, el del respeto y de la justicia. Para eso necesitamos entrar en nosotros mismos, al recinto de nuestra propia conciencia. Ahí descubrimos la voz interior de nuestro corazón, de nuestros deseos más profundos, que es la voz de Dios mismo, que nos llama y hace sentir lo que nos conviene y lo que no. En su interior el hombre descubre el entramado de relaciones que han hecho de él lo que es; ahí puede advertir que sus actos no son dissociables de la vida buena de los otros. Que las cosas importantes para sí, son un conjunto de remisiones a los bienes y necesidades de los demás.

Cuando consultamos esa voz, desde el fondo de nuestra conciencia, nos podemos preguntar si lo que hacemos, lo que queremos, es algo que también otros podrían querer. Si en nuestros deseos no atropellamos a otros; si nuestras ganas de una vida feliz no llevarían a hacer infelices a otros, o les podrían hacer daño. En ese examen nos damos cuenta si en lo que deseamos nos respetamos a nosotros mismos y a los demás. Si el llevar a cabo nuestros proyectos nos hace mejores personas, o nos puede destruir. Descubrimos así que las normas morales son importantes, porque ponen a prueba si lo que deseamos es correcto y justo. En ellas experimentamos lo incondicionado del bien por hacer y del mal por evitar, como valores absolutos.

Una vida buena, una vida feliz es una convivencia basada en el respeto recíproco. Esto lo encontramos en escritos muy antiguos de muchas culturas y en la enseñanza de muchos sabios formulado como la Regla de Oro: “No hagas a otro lo que no quieras que te hagan a ti”. Jesús también conocía esta regla, y él la expresó de forma positiva: “Haz a los demás lo que quieras que los demás hagan por ti”. Es una regla muy sencilla, pero llena de sabiduría. Si la usamos, podemos distinguir entre nuestros deseos cuáles podrían ser dañinos y cuales ser constructivos y buenos. El otro es siempre, de alguna manera, la medida de mi propia humanidad.

Libertad con un matiz “social”

Nuestra vida transcurre en sociedad. En ella hay muchas instituciones de todo tipo. Por medio de ellas se distribuyen bienes, tareas, cargos, papeles que podemos desempeñar, derechos y obligaciones. Sabemos que nuestra sociedad no es perfecta, que la lucha porque sea cada vez más justa es una tarea encomendada a todos. La humanización es también una tarea colectiva. Si lo vemos con ojos de fe, descubrimos que el primer interesado en que haya justicia es el mismo Dios. Él nos hizo para que seamos felices, y nos invita a hacernos socios suyos para que en la sociedad, todos podamos serlo. Hay leyes justas y otras no. Las leyes buscan establecer el orden social. Cuando rompemos ese orden, la sociedad busca restablecerlo, aunque muchas veces falle en las medidas que adopta.

Vivir es la tarea cotidiana de respetarnos unos a otros como personas. Es tan importante el reconocer nuestras necesidades y deseos más profundos como el reconocer nuestra dignidad y actuar en esa conciencia. No menos importante es conocernos a nosotros mismos, reconocer nuestra fragilidad y vulnerabilidad. En el camino de humanización, tanto personal como colectiva, esto tiene primacía sobre la observación de una norma, el cumplimiento de una pena, de una sanción. En la contingencia y relatividad de nuestro propio ser está inscrito lo absoluto.

Simon L. Frank, uno de los más grandes filósofos rusos del Siglo XX, pensaba que en cierto modo es más cierta la existencia de Dios que la de nuestra propia subjetividad, porque él es la condición de que yo puede reconocer la verdadera esencia de mi ser. El problema del hombre es poder reconocer su verdadera realidad completa. La percepción de la realidad de Dios es inmanente a la percepción de mi propio ser como persona, como el fundamento más hondo de su ser espiritual-personal.

En este sentido la fragilidad de las vasijas son portadoras de la imagen de Dios. En el lenguaje religioso esto se expresa cuando el hombre siente estar “en sus manos”. En la impotencia del fracaso moral, el hombre “confiesa” su culpa y se siente entonces, en la gratuidad del perdón, en posibilidad de una nueva libertad, más madura, más consciente, más abierto a una vida a la altura de las exigencias de su conciencia moral y de su vocación a ser feliz, colaborando en construir un mundo más justo.